José Pablo Feinmann

Peronismo

Filosofía política de una obstinación argentina

32 **Julio Troxler, una tragedia argentina**



Suplemento especial de
Página|12

LA INGENUIDAD DE VALLE

Hay ingenuidad en la revolución de Valle. En él mismo sobre todo. Pareciera no haber puesto en la balanza la adhesión poderosa de las clases medias y de los sectores intelectuales y académicos para con la Libertadora. Si Valle pensaba que una masa incontenible de obreros peronistas se sumaría a él, ese error era mayúsculo. En junio de 1956 era más probable que se movilizaran los sectores ligados al catolicismo, al Cristo Vence, los empleados que esperaban prosperar en el nuevo gobierno, los que estaban hartos del estilo agobiantemente personalista de Perón, los intelectuales, los radicales, los socialistas, los comunistas, que las masas peronistas que permanecían en la misma desorganización en que Perón las había mantenido. No era el momento de una revolución a la luz del sol. No era el momento de un paseo triunfal hasta la Plaza de Mayo (al estilo del de Uriburu y sus cadetes), tampoco el de una simple proclama que arrancara de sus barrios oscuros, humillados, sometidos a la persecución de la policía aramburista, a los obreros beneficiados por el régimen peronista. Siempre conocedor de los hombres y las coyunturas, siempre zorro y, más aún, viejo, el general se había opuesto al intento de Valle. Van al muere, era su pronóstico. Valle y los suyos pensaban que Aramburu y Rojas eran unos cobardes, que no afrontarían una sublevación, que el golpe del '55 era fruto del coraje de Lonardi. Era increíble que desconocieran el odio del antiperonismo. El desplazamiento de Lonardi abrió paso, justamente, al odio gorila, que no es para desdeñar. Ha tenido y tiene una fuerza poderosa en la Argentina. Sobre todo cuando identifica al peronismo con esa fuerza maligna a la cual suele asociarlo: el peligro comunista. El odio gorila razona así: si el peronismo se mantuviera en sus posiciones podríamos contenerlo, incluirlo, no reprimirlo. Pero, al ser un movimiento de masas, al representar a la negritud de este país, aun cuando siempre contemos entre sus filas con fascistas que adherirán a nosotros en un enfrentamiento definitivo, el peligro de este maldito movimiento que tanto persevera es que surja de él el comunismo. O, en nuestros días, el populismo latinoamericano, enemigo de Estados Unidos, partidario de los juicios contra los "héroes de la lucha contra la subversión" e, incluso, partidario de una investigación sobre la Triple A (y esto viene de parte del mismo peronismo) que podría llegar a tocar la intocada e intocable figura de Perón. Créase o no, es a la derecha argentina en totalidad a la que no le interesa que se "toque" a Perón. Los trabajos sucios que hizo la Triple A y que podrían involucrar (en principio en su faceta permisiva) a Perón involucrarían al Ejército Argentino, pues todo lo que la Triple A hizo estuvo avalado por el establishment. Basta recordar (ya nos detendremos sobre esto en su momento) la *Meditación del elegido* con que Mariano Grondona fundamenta públicamente las acciones terroristas de López Rega, hacia fines de 1974 en *Carta política*.

Valle estaba muy lejos de conocer ese odio. Debió haberlo conocido luego del bombardeo del 16 de junio, pero parecía creer más en la movilización *instantaneísta* de la clase obrera que en los que sostenían las banderas de la Iglesia, el Ejército, las clases medias y el resto del país que había tirado a Perón y que todavía mantenía la sensación de su triunfo, la convicción de sostenerlo y el odio con que lo había llevado a cabo. Era impensable un "paseo" hacia la Plaza de Mayo, concentrarse ahí y exigir el regreso del líder. Se habría producido un nuevo y más sanguinario 16 de junio. En el diario *La Prensa* del 13 de junio se recogían las declaraciones que, la noche anterior, ante un grupo de periodistas, *en el mismo momento en que Valle era fusilado*, había formulado el ministro de Ejército, general Arturo Ossorio Arana: "El asesinato, incendio o destrucción de vidas, iglesias y otros bienes de la colectividad, señalan el camino a un estado anárquico total con estrecha semejanza al propugnado *por la revolución social comunista*. La represión firme, ecuánime y serena de las fuerzas armadas y en particular la noble reacción del ejército anularon el movimiento. La objetividad con que fue informada la institución y la opinión pública sin deformaciones, hablan de una confianza absoluta en los valores morales del ejército y de la ciudadanía consciente y libre" (*La Prensa*, 13/6/56. Citado por Ferla, *Ibid.*, p. 135, cursivas mías.) Lo cual situaba a un católico como Valle del lado del ateísmo marxista-leninista soviético.

Valle también ignoró que la Libertadora manejaba todos los medios de difusión, o, sin duda, los decisivos. Que en los teatros se daban obras satíricas sobre el peronismo, Perón y Evita. Que se exponían al público joyas, tapados de piel, medallas, todo tipo de objetos de lujo que se atribuían al despilfarro, al robo descarado de la pareja presidencial. Que se hablaba sin cesar de los hurtos de Juan Duarte (muchas veces veraces). Que actores como Leonor Rinaldi y Pepe Arias eran ídolos nacionales. Que en *La Revista Dislocada*, "la gran creación cómica de Delfor", en la que colaboraba el humorista rabiosamente antirrojo Aldo Cammarota, que terminó viviendo en Miami, los chistes se descargaban sobre el "régimen depuesto". La clase media y la clase alta vivían envueltas en un clima de júbilo y hasta de exaltación que probablemente las hubiera llevado a una defensa activa del gobierno de facto. Valle no pensaba que esta posibilidad era más viable que el alzamiento de unas masas obreras desalentadas, agredidas, que recibían el desdén de los poseedores y la burla sobre todo aquello en que habían creído en los últimos años. Además, ¿cómo sabía Valle que Perón habría de volver? No es casual que Perón se haya opuesto al golpe. No estaba repuesto aún. Necesitaba elaborar su derrota y juntar coraje para ponerse de nuevo al frente de un movimiento, el que Valle ponía en sus manos, que esta vez enfrentaría a adversarios temibles y sanguinarios a los que Perón respetaba en su justa medida y todavía un poco más.



Valle se despide de su hija Susana y se dirige hacia el pelotón de fusilamiento. Lo fusilan en la cárcel de la Avenida Las Heras, donde ahora hay un espacio verde en el que algunos chicos juegan y algunos mayores hacen jogging para bajar de peso o para escaparles a los infartos. Citemos la prosa emocionada, algo cándida (en medio de tanto terror, de tanta crueldad) de Salvador Ferla: "Así pasa Valle a la inmortalidad. Así entra este héroe y mártir, esta gloria auténtica del Ejército Argentino al reino de Dios, allí donde no existen la crueldad ni el odio ni la calumnia. Hermano de Dorrego y Peñaloza, representante de una Argentina ¡por centésima vez vencida!" (Ferla, *Ibid.*, p. 134).

Sin embargo, ese reino de Dios en el que Ferla



asegura entrará Valle era propiedad de los Libertadores. La Iglesia no hizo nada por impedir los fusilamientos. "Aramburu y su ministro del Interior informaron que habían secuestrado instrucciones de los rebeldes para tomar casi todas las iglesias y colegios religiosos del país y fusilar a los sacerdotes y monjas que se resistieran (...) El arzobispo de La Plata, Antonio Plaza, participó de la 'ceremonia patriótica' organizada frente al Departamento de Policía para agradecer 'la ejemplar conducta' de sus tropas durante la sublevación. En Rosario, Caggiano visitó al comandante del Cuerpo de Ejército, general José Rufino Brusa, en cuya sede aún había personas detenidas. Si fue a pedir clemencia, no lo hizo público ni se conocen documentos que lo indiquen" (Horacio Verbitsky, *La violencia evangélica*, Tomo II, "De Lonardi al Cordobazo (1955-1969)", Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008, p. 45/46). El Reino de Dios es de quienes poseen el poder. Ellos no desean entrar a ese reino sino que envían ahí a quienes son sus enemigos. Lo hacen con suma frecuencia en nombre de ese Reino, de ese Dios, de ese Culto. Dios no pareciera decidirse a ser justo como lo creía Lonardi. Notable cuestión: Aramburu creía que Dios era justo porque él fusilaba a Valle. Valle creía que Dios era justo porque lo acogería en su Reino y echaría una eterna maldición sobre sus asesinos. La Iglesia, como siempre, consideraba que Dios era justo, pero a veces con unos y a veces con otros, de acuerdo con sus propios intereses. Cuando Dios favorecía a los que la Iglesia apoyaba –como en el caso de Aramburu al fusilar a Valle– Dios era justo con los amigos de la Iglesia. Cuando no lo era, lo sería pronto. O habría que luchar para lo fuera. Pues "Dios" es una formidable rúbrica que suelen ponerse a sí mismas las revoluciones de base clerical, oligárquica, que han triunfado. Para desgracia de Valle, Dios no estaba en la Penitenciaria de Las Heras la noche en que lo fusilaron. (*Nota*: En la película que Richard Brooks hizo sobre la *nonfiction novel* de Truman Capote, *A sangre fría*, en la escena final están por ahorcar a los asesinos de la familia de farmers. A uno lo suben al cadalso, le ponen la cuerda alrededor del cuello y el tipo ya siente la trampa que se abrirá bajo sus pies. Hay un sacerdote, a su lado, que reza. El hombre lo mira. El frío es cruel. Le pregunta: "Padre, ¿está Dios en este lugar?" ¿Estaba cuando fusilaron tan indecentemente a Valle?)

LA CARTA DE VALLE

Pero los crímenes no suelen quedarse en el pasado. Siempre hay algo que los arroja hacia el futuro. Valle, para desgracia de Aramburu, escribe una Carta. También las había escrito Dorrego, cuando esperaba los fusiles de Lavalle en los campos de Navarro. Las de Dorrego le sirvieron a Rosas para imponer mayor dureza a su régimen. Respondía a la dureza con la dureza. Las cartas de Dorrego habían pedido que esto no ocurriera. Escribe a su hija Angelita: "Mi querida Angelita: En este momento me intiman que dentro de una hora debo morir; ignoro por qué; mas la providencia divina, en la cual confío en este momento crítico, así lo ha querido. Perdono a todos mis enemigos y suplico a mis amigos que no den paso alguno en desagravio de lo recibido por mí". Otra carta: "Mi querida Angelita: te acompaño esta sortija para memoria de tu desgraciado padre". Otra: "Mi querida Isabel: Te devuelvo los tiradores que hiciste a tu infortunado padre". Otra más: "Sed católicos y virtuosos, que esa religión es la que me consuela en este momento". Otra: "Mi vida: Mándame hacer funerales y que sean sin fausto. Otra prueba de que muero en la religión de mis padres". Y la última, fechada en Navarro en 1828, y dirigida al Señor Gobernador de Santa Fe, Don Estanislao López, es de notable importancia: "Mi apreciable amigo: En este momento me intiman morir dentro de una hora. Ignoro la causa de mi muerte, pero de todos modos perdono a mis perseguidores. Cese usted por mi parte todo preparativo *y que mi muerte no sea causa de derramamiento de sangre*" (cursivas nuestras).

La Carta de Juan José Valle no será tan magnánima. Es dura. Algo está pidiendo. No le augura a su verdugo un futuro de felicidad. No tiene el aire calmo, pleno de bondad y de religiosidad de Dorrego. Es una Carta conocida pero añadiremos algo: la Carta de Valle se liga con la Carta de Walsh. Las liga el arbitrio del crimen aleve, la falta de juicio, decidir fusilarlo *antes* de que estuviera proclamada la Ley Marcial. Basura. La Historia pasa por los patios húmedos, nocturnos de las penitenciarias, la muerte es clandestina.

La Carta de Valle será, a la vez, la Carta de Valle y la condena de muerte de Pedro Eugenio Aramburu, su ejecutor, que no dudó un instante, que buscó el escarmiento, demostrar la dureza de la Libertadora y que nadie más se atreviera a lanzarse a una aventura revolucionaria como Valle. La Carta dice: "Dentro de pocas horas usted tendrá la satisfacción de haberme asesinado. Debo a mi Patria la declaración fidedigna de los acontecimientos. Declaro que un grupo de marinos y militares, movidos por ustedes mismos, son los únicos responsables de lo acaecido. Para liquidar opositores les pareció digno inducirnos al levantamiento y sacrificarnos luego fríamente. Nos faltó astucia o perversidad para adivinar la treta. Así se explica que nos esperaran en los cuarteles, apuntándonos con las ametralladoras, que avanzaran los tanque de ustedes antes de estallar el movimiento, que capitanearan tropas de represión algunos oficiales comprometidos en nuestra revolución. Con fusilarme a mí bastaba. Pero no. Han querido ustedes *escarmentar* al pueblo, cobrarse la impopularidad confesada por el mismo Rojas, vengarse de los sabotajes, cubrir el fracaso de las investigaciones, desvirtuadas al día siguiente en solicitadas de los diarios y desahogar una vez más su odio al pueblo (...) Entre mi suerte y la de ustedes me quedo con la mía. Mi esposa y mi hija, a través de sus lágrimas, verán en mí a un idealista sacrificado por la causa del pueblo. Las mujeres de ustedes, hasta ellas, verán asomárseles por los ojos sus almas de asesinos. Y si les sonríen y los besan será para disimular el terror que les causan". Ahora leamos cuidadosamente los párrafos que siguen. Late en ellos el reclamo de la venganza, o el vaticinio del seguro asesinato de Aramburu, Rojas y los victimarios de junio: "Aunque vivan cien años *sus víctimas les seguirán a cualquier rincón del mundo donde pretendan esconderse. Vivirán ustedes, sus mujeres y sus hijos bajo el terror constante de ser asesinados* (...) Es asombroso que ustedes, los más beneficiados por el régimen depuesto y sus más fervorosos aduladores, hagan gala ahora de una crueldad como no hay memoria. Nosotros defendemos al pueblo, al que ustedes le están imponiendo el libertinaje de una minoría oligárquica, en pugna con la verdadera libertad de la mayoría, y un liberalismo rancio y laico en contra de las tradiciones de nuestro país. *Todo el mundo sabe que la crueldad en los castigos las*

dicta el odio, sólo el odio de clases o el miedo. Como tienen ustedes los días contados, para librarse del propio terror, siembran terror (...) Pero no taparán con mentiras la dramática realidad argentina por más que tengan toda la prensa del país alineada al servicio de ustedes". Valle concluye con una frase de unidad que más suena a forma que a sincera convicción: "Ruego a Dios que mi sangre sirva para unir a los argentinos. Viva la Patria. Juan José Valle, Buenos Aires, 12 de junio de 1956". Entre tanto, Aramburu metía en la cárcel a miles de trabajadores, reprimía con ferocidad cada huelga que pugnaba por producirse y torturaba en todo el territorio de la República.

Las figuras de Valle y Tanco serán retomadas tanto por el catolicismo que dará origen a Montoneros como por la izquierda marxista, que se incluía en la tradición de John William Cooke (un gran lector de la *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre y amigo del Che y hasta miliciano de la Cuba revolucionaria). Esta condición bifronte de la JP se inclinará hacia su cara socialista. Sobre todo cuando los chicos católicos del montonerismo temprano se relacionen con las FAR y empiecen a enterarse de las ideas esenciales del marxismo. Pero Valle y Tanco eran católicos. En la Carta del primero se lee claramente la frase "un liberalismo rancio y laico en contra de las tradiciones de nuestro país". De este modo, los primeros que se apropian de Valle y Tanco son los muy belicosos muchachos de Tacuara. En el comedor de la Facultad de Derecho, hacia 1961, entra una pandilla de jóvenes con cadenas y manoplas al grito de "¡Vivan los generales Valle, Tanco y Cogorno!" Bajo este grito se consagran a moler a cadenazos a todos los "zurdos" que había en el lugar, a los cuales tenían bien ubicados. Eran los tiempos de Tacuara, un grupo numeroso de jóvenes de las clases altas, nacionalistas, antisemitas, vagamente peronistas y claramente nazis. Temibles, brutales, solían poner bombas en sinagogas. Cierta vez dialogué, muy tensamente, con uno que tenía un muñón envuelto en cuero. Le había explotado una bomba en la mano. Era un fanático ultracatólico, peinado a la gomina, admirador frenético de don Juan Manuel de Rosas, de la Alemania nazi, antisemita cruel y ya cerca de un peronismo que daría como figura más notoria al aventurero Joe Baxter, de quien nos ocuparemos. Estas pandillas se peinaban con mucha gomina, el pelo bien tirante hacia atrás, saco azul y pantalón gris. Durante esos días, la gomina *Glostora* sacó por la tele un comercial que los aludía: un tacuarita, sonriente, se pasaba la mano por el pelo brillante, bien peinado a la gomina y hacia atrás y el locutor del comercial decía: "*Glostora*, como te gusta a vos, Juan Manuel". Se fueron raleando en pocos años, entraron en los sectores católicos del peronismo, pero fueron superados por los jóvenes socialistas, que impusieron sus lecturas y sus consignas. Es cierto que el socialismo de la JP estaba alimentado por lecturas del revisionismo histórico –también asumidas por los de Tacuara–, pero ellas convergían hacia una unidad con el socialismo tercermundista. Como sea, todo esto contribuye a la multiplicidad ideológica del peronismo, a sus mil caras posibles, que Perón alimentó siempre. Salvo a partir de junio de 1973, cuando optó por la derecha, por una derecha violenta, contrainsurgente y parainstitucional cuya trágica historia tenemos por delante. Aunque, a partir de aquí, y para narrar el triste asesinato de Julio Troxler, tendremos que acudir a ella.

HABLA JULIO TROXLER

De la matanza de José León Suárez –según vimos– se salvaron varios. Entre ellos, Julio Troxler. En 1971 lo encontramos colaborando con Rodolfo Walsh y Jorge Cedrón en el film *Operación Masacre*, que se basa en los hechos de José León Suárez que Walsh narrara. "La filmación (escribe Walsh) se realizó en condiciones de clandestinidad que la dictadura de Lanusse impuso a la mayoría de las actividades políticas y a algunas artísticas (...) La película se terminó en agosto de 1972. Con el concurso de la Juventud Peronista, peronismo de base, agrupaciones sindicales y estudiantiles, se exhibió centenares de veces en barrios y villas de Capital e interior, sin que una sola copia cayera en manos de la policía (...) En la película Julio Troxler desempeña su prolijo papel. Al discutir el libro con él y con Cedrón, llegamos a la conclusión de que el film no debía limitarse a los hechos ahí narrados. Una militancia de casi veinte años autorizaba a Troxler a resumir la experiencia colectiva del peronismo en los años duros de la resistencia, la proscripción. Y la lucha armada.

"La película tiene pues un texto que no figura en el libro original. Lo incluyo en esta edición porque entiendo que completa el libro y le da su sentido último" (Walsh, *Ibid.*, p. 181/182).

Troxler es el narrador de *todo* el film. Y hace su propio papel. Al final, se planta frente a cámara y dice un largo texto de gran riqueza, de gran patetismo, de gran dolor. Dice Troxler:

"Yo volví de Bolivia, me metieron preso, conocí la picana eléctrica. Mentalmente regresé muchas veces a este lugar. (Troxler habla en José León Suárez, durante un amanecer, JPF.) Quería encontrar la respuesta a esa pregunta: qué significaba ser peronista.

"Qué significaba este odio, por qué nos mataban así. Tardamos mucho en comprenderlo, en darnos cuenta de que el peronismo era algo más permanente que un gobierno que puede ser derrotado, que un partido que puede ser proscripto.

"El peronismo era una clase, era la clase trabajadora que no puede ser destruida, el eje de un movimiento de liberación que no puede ser derrotado, y el odio que ellos nos tenían era el odio de los explotadores por los explotados.

"Muchos más iban a caer víctimas de ese odio, en las manifestaciones populares, bajo la tortura, secuestrados y asesinados por la policía y el ejército, o en combate.

"Pero el pueblo no dejó nunca de alzar la bandera de la liberación, la clase obrera no dejó nunca de rebelarse contra la injusticia. El peronismo probó todos los métodos para recuperar el poder, desde el pacto electoral hasta el golpe militar. El resultado fue siempre el mismo: explotación, entrega, represión. Así fuimos aprendiendo.

"De los políticos sólo podíamos esperar el engaño, la única revolución definitiva es la que hace el pueblo y dirigen los trabajadores. Los militares pueden sumarse a ella como individuos, pero no dirigirla como institución. Porque esa institución pertenece al enemigo y contra ese enemigo sólo es posible oponer otro ejército surgido del pueblo.

"Estas verdades se aprendieron con sangre, pero por primera vez hicieron retroceder a los verdugos, por primera vez hicieron temblar al enemigo, que empezó a buscar acuerdos imposibles entre opresores y oprimidos. La marea empezaba a darse vuelta, las balas también les entraban a ellos, a los torturadores, a los jefes de la represión.

"Los que habían firmado penas de muerte sufrían la pena de muerte. Los nombres de nuestros muertos revivían en nuestros combatientes. Lo que nosotros habíamos improvisado en nuestra desesperación, otros aprendieron a organizarlo con rigor, a articularlo con las necesidades de la clase trabajadora, que en el silencio y el anonimato va forjando su organización independiente de traidores y burócratas, la larga guerra del pueblo, el largo camino, la larga marcha, hacia la Patria Socialista" (Walsh, *Ibid.*, p. 183/ 184).

Troxler ha enunciado las bases programáticas de la izquierda peronista. El pueblo protagonista hegemonizado por la clase trabajadora, la organización de base, la reivindicación del "aramburazo" ("los que habían firmado penas de muerte sufrían la pena de muerte"), la guerra popular prolongada ("la larga guerra del pueblo") y la Patria Socialista. Observemos algo sustancial: en ningún momento, en el texto, se nombra a Perón. Ni siquiera se menciona como consigna de lucha "el regreso incondicional del general Perón a la patria", que era una frase que decían todos, que se decía sola, que no había quien no la incluyera en un programa revolucionario. Es un vacío estridente. En la fecha en que el texto se escribe ningún grupo (ni siquiera el peronismo de base, que manejaba una alternativa independiente a la conducción de Perón) habría obviado la mención del regreso de Perón pues era la más movilizadora de las consignas. *Era lo que quería el pueblo peronista*. Lo quería traer a Perón. Este punto, en un texto que seguramente escribió Walsh pero con Troxler y Cedrón muy cercanos, es una rareza. El "Perón Vuelve" seguía siendo la consigna que daba unidad a *todo* el peronismo.

"SALUD, COMPAÑERO TROXLER"

Cuando asume Cámpora, Oscar Bidegain llega a la gobernación de la provincia de Buenos Aires y pone a Troxler como jefe de Policía. Bidegain era un tipo más que cercano a la Tendencia Revolucionaria, de modo que la provincia de Buenos Aires podía ser considerada como uno de esos territorios que el sector juvenil del Movimiento Justicialista tenía bajo su comando. Cuando a fines de julio la JP organiza una enorme movilización para ir hasta la Quinta de Olivos y rodearla con el propósito manifiesto de "romper el cerco del brujo López Rega", es Troxler el que asegura el orden, el que les da a los militantes de la Tendencia la seguridad de que no serán atacados por los grupos del matonaje de la derecha peronista, sobre todo el Comando de Organización de Alberto Brito Lima. La certeza era: el compañero Troxler nos cubre. Sólo algunos señalamientos sobre esa jornada: la JP rodea la Quinta y durante cerca de media hora o más, rabiosamente, ruge la consigna: "Perón/ Perón/ el pueblo te lo ruega/ queremos la cabeza del traidor de López Rega". Fue un acto dionisíaco. Muy especialmente si tenemos en cuenta que lo dionisíaco –tal como Nietzsche lo entiende– es la osadía de perder la individuación en la embriaguez del grupo. Eso pasó en el operativo Gaspar Campos. (Acaso alguien sonría. O diga: qué locos estaban esos pendejos. Puede ser. Pero, ¿usted nunca se volvió loco por nada? ¿Nunca perdió la individuación en un acto colectivo de características dionisíacas? Qué pena.) Perón recibió a la conducción de la Tendencia y les prometió una serie de cosas que, desde luego, no pensaba cumplir. Al día siguiente, haciendo gala de un cinismo impecable, lo nombró a López Rega como enlace entre él y la Juventud Peronista. Pero no es ésta la cuestión. Cuando la militancia se retiraba por la parte de atrás de la Quinta apareció un tipo alto, al que apenas se veía porque ya era de noche. Pero todos supieron quién era. "Salud, compañero Troxler", le dijeron. Troxler saludó haciendo la V peronista. Luego, todo siguió su curso. La derecha peronista esperaba descabezarlo. A él y a Bidegain. Pero no era fácil. Bidegain había ganado bien en la provincia de Buenos Aires. La derecha ya quería reemplazarlo por Victorio Calabró. Pero algún motivo tenía que tener. Ese motivo se lo dio uno de los personajes que más daño le ha hecho a la causa popular en la Argentina. El que atacó el cuartel de La Tablada en plena democracia. Enrique Gorriarán Merlo. Que, en enero de 1974, también en plena democracia, en la provincia de Buenos Aires, donde se contaba con un gobernador adicto al que era muy difícil deponer, ataca la Guarnición de Azul. ¡Qué festín para la derecha! ¡Qué excepcional regalo! ¡No podían esperar nada mejor! Acababan de recibir en bandeja el motivo para descabezar a Bidegain y a Troxler. Ese motivo se lo había entregado la torpeza, la soberbia, el desdén absoluto por la política de masas de Gorriarán Merlo.

El error de Gorriarán hará posible (o acelerará) el asesinato de Troxler. En tanto era jefe de Policía de la Provincia estaba cubierto. Al menos no había recibido la bofetada histórica que Perón habrá de pegarles a él y a Bidegain, poniéndose para la ocasión y por primera vez el uniforme de teniente general. Troxler, con la desautorización de Perón, que lo acusa de "desaprensión" ante los "grupos terroristas" que vienen actuando en la provincia de Buenos Aires, queda devaluado como peronista, señalado, además, como colaborador de la guerrilla. No habrá de ser casual que la Triple A lo ponga entre los primeros lugares de sus listas. ¡Salvarse de los gorilas en José León Suárez y venir a morir a manos de los fachos del peronismo en una calle de Barracas! Pobre Troxler. Pobre país.

Colaboración especial: Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso